

Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
 Hoy mis promesas sellaré con sangre
 Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonrío,
 Pueda el destino favorable luego,
 Dar á tus hijos que combaten bravos
 Menos errores y mayor ventura.
 Pero si quiere la enemiga suerte
 De nuevo hacer que encadenada llores
 Antes que verte en servidumbre horrenda
 Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana. 1864.



NOTAS.

LA FLOR DEL ALBA.—LA SALIDA DEL SOL.

LOS NARANJOS.—LAS AMAPOLAS.

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo,

Altamirano.—19.

por decirlo así, de decoración á pensamientos diferentes.

En la *Flor del Alba* he querido no sólo describir el aspecto de la naturaleza, en la madrugada, sino también presentar un cuadro de las costumbres de la costa, á esa hora.

Como la doncella á quien llamo *Flor del Alba*, todas las jóvenes costeñas que habitan en los *Barrios*, que son pequeñas aldeas hundidas verdaderamente en un océano de vegetación, se levantan al despuntar la aurora, salen de sus cabañas y se dirigen al río, á traer el agua que necesitan para los usos de la familia.

Es de advertir que en la costa del Sur, no hay más ciudad que la pequeña de Acapulco. La población de las costas vive en esos *Barrios*, ya sea por la escasez de ella, ó por su falta de su cultura, ó porque así conviene más á sus trabajos agrícolas, únicos á que se consagra.

Es en extremo pintoresco el aspecto de los *Barrios* con sus cabañas de hojas de palmeras escondidas en un bosque de parotas, de mangles, de caobas y de cocoteros y rodeadas por todas partes de altísimas y espesas yerbas. En los techos cónicos de estas cabañas se enredan millares de trepadoras, ostentando allí sus gigantescas flores azules, rojas y blancas.

Apenas hay un *barrio* de éstos que no tenga cerca un río, y precisamente por aprovechar sus aguas se han situado casi todos en las márgenes de los que descendiendo de la Sierra corren por el

planío de la costa á desembocar en el mar. El *Atoyac* sólo, como lo diré en las notas de mi composición así intitulada, tiene en sus orillas cerca de veinte.

He dicho que no hay en toda la costa del Sur más ciudad que Acapulco, y es así; pues aunque algunos pueblecillos han sido bautizados con el título de ciudades por el gobierno de Guerrero, como Técpam, en memoria del ilustre patriota D. Hermenegildo Galeana, nativo de allí; y algunos otros por diversos motivos, la verdad es que no son más que *barrios* con una población un poco mayor que las demás. Acapulco es el único lugar que puede aspirar á tal nombre, por el mayor número de sus habitantes, por la regularidad de sus casas y calles, y por su comercio y cultura.

Como es de suponerse, en estas poblaciones reinan las costumbres sencillas de la vida del campo. Las familias acomodadas, y aun hay algunas que pueden llamarse ricas, no se distinguen de las demás. Tienen todo el carácter patriarcal de los pueblos primitivos, y recuerdan por esto aquellos tipos que tanto nos agradan en las leyendas bíblicas. Las mujeres, cualquiera que sea su condición, van vestidas con su pintoresco traje, compuesto de unas enaguas largas de lienzo y brillantes colores, con su ancho ceñidor de burato, su camisa regularmente de lienzo muy fino y su chal de merino negro con largos flecos en las puntas, llevan adornado el cuello con sargas de perlas ó de coral, y sujetos á los cabellos con *cachirulo* de oro. Así

se dirigen á los ríos á llenar su cántaro que cargan en la cabeza, como algunas mujeres del Asia, y como las de la campaña romana. Es hermosa aquella orilla del río, en las horas de la madrugada, porque se ve concurrida de las lindas muchachas de los *barrios* que forman deliciosos grupos.

Tal es el cuadro que ofrecen los ríos á la hora del alba.

En cuanto á los idilios *Los Naranjos* y *Las Anapolas* fueron leídos en las reuniones literarias del año de 1868, y obtuvieron la acogida más lisonjera para mí, lo que sin embargo, he recibido tan sólo como una muestra de benevolencia de parte de los eminentes poetas que allí concurrían.

Confieso que he tenido alguna vacilación para publicarlos, temiendo que se juzgasen demasiado libres; pero los mismos amigos combatieron mis escrúpulos, dándome razones que también á mí se me ofrecían como apoyos para decidir la publicación. Estas razones no eran referentes al mérito literario de mis versos, sino á su asunto y á su forma.

La literatura clásica y la sagrada, presentan frecuentes ejemplos de esta libertad y aún de mayor cien veces. Por no citar autores con cuyos nombres se llenarían muchas páginas, me limitaré tan sólo á enumerar aquellos más autorizados, y

que por la misma razón andan en las manos de todos. Mencionaré á Anacreonte, cuyos versos son un modelo de gracia y de elegancia, y están consagrados al amor y al placer. La música griega antigua, tenía en esto toda la belleza de la sencillez y de la verdad.

En época menos antigua, en lo que puede llamarse la escuela poética de Alejandría, tenemos á Teócrito y á Bion de Esmirna, cuyos idilios nos dan todavía una muestra de una encantadora naturalidad. Los asuntos del primero tienen esa sencillez que sólo una gazmoñería ridícula podría tachar de peligrosa. Apenas los críticos se han atrevido á juzgar con alguna severidad el idilio XXVII, que es la "*Conversación entre Dafnis y una joven*," y eso porque en él se lleva la licencia hasta un extremo que choca con nuestras costumbres completamente. Creese generalmente que este idilio no es de Teócrito. Pero en todos los demás, el estilo es ardiente y apasionado, el amor habla su lenguaje propio, y á nadie se le ha ocurrido tacharlo de inadecuado y de inmoral. El idilio VII de Bion, contiene también algunas frases libres, aunque estoy muy lejos de participar de la opinión del erudito mejicano que acaba de publicar en elegantes versos, la traducción de los fragmentos de ese poeta delicioso. Ipandro Acaico, (el P. Montes de Oca), * ha mutilado [este idilio: VII,] temiendo ofender el pudor si conservaba el texto original.

(*) Hoy Obispo de San Luis Potosí.—N. del E.

En cuanto á los clásicos latinos, ¿quién no conoce algunas odas de Horacio, algunas églogas de Virgilio, algunas elegías de Tibulo, de Cátulo y de Propertio; los asuntos de algunos poemas de Ovidio y el fragmento apasionado, aunque su estilo no sea ya el del siglo de oro de la poesía latina, que se ha atribuido generalmente, aunque sin razón á Asinio Cornelio Gallo, el amigo de Virgilio, y que según todas las indagaciones es de Maximiano?

En los versos dirigidos á Lydia, el poeta nos dejó aquellos que comienzan:

"Pande, puella, pande capillulos,"

y que son de una vehemencia amorosa y una naturalidad incomparable.

Entre los modernos, no recordaré, además de los italianos de la Edad Media, mas que á Juan Segundo, cuyos "*Besos*" no se desdeñó de traducir Mira-beau en una prosa, como suya: á Parny, el *amable pagano*, como le llamaba Millevoye, cuyos cuadros parecen griegos; á Gessner, el Teócrito Suizo, cuyos idilios son para mí tan buenos en su forma como los antiguos; y por último, para acabar con nuestros clásicos, á Garcilazo y á casi todos los de su escuela, que siguiendo la italiana, nos dejaron monumentos de este género que los modernos imitan con entusiasmo.

Así, pues, sin que por eso se crea que pretendo dar á mis idilios, en verdad insignificantes, y en

los que no he pretendido sino descubrir cuadros de nuestra naturaleza americana, un mérito de que absolutamente carecen; yo pequeño, yo humilde é indigno de colocarme, sino á los pies de aquellos grandes poetas, soy bastante excusable por querer imitarlos en su naturalidad.

Por otra parte, ¿no es por ventura el culto del amor uno de los objetos de la poesía? ¿Este lenguaje lleno de ternura y de fuego, que es el propio de los amantes, deberá desterrarse, sólo porque se le acusa de sensual? La filosofía de la literatura no puede proscribirlo. La crítica severa sólo condena el lenguaje libertino y obsceno, el cuadro que ofende á la moral. No creo que mis "*Naranjos*" y mis "*Amapolas*" sean reos de ese delito. Bastante comunes los juzgo, y aun bastante inocentes, si se comparan con infinitas escenas de novela que andan por ahí verdaderamente atentando contra el pudor de la juventud.

Dicho esto, invoco la indulgencia de mis lectores respecto del mérito literario de mis cuatro idilios citados.

A OFELIA PLISSÉ.

A propósito de mi composición intitulada "*A Ofelia Plissé*," creo necesario decir algunas pala-

bras que son indispensables en esta nueva edición de mis *Rimas* y que no pudieron serlo en las anteriores, porque aun no existía el motivo que me obliga á escribir la presente nota.

En el mes de Junio de 1865, me hallaba en Acapulco cuando llegaron á este puerto, de que estaba en posesión todavía el gobierno republicano (que luchaba entonces con la intervención y el llamado Imperio,) los jóvenes oficiales de nuestro ejército, Bernardo Smith y Agustín Lozano, procedentes de Panamá y que se dirigían á San Francisco de la Alta California para buscar desde allí la manera de incorporarse al ejército del Norte.

Los dos jóvenes que eran amigos míos, permanecieron algunos días en Acapulco en espera del vapor que debía conducirlos á San Francisco. En ese tiempo me refirieron las peripecias de su viaje desde Méjico hasta Panamá, atravesando la América Central, y se manifestaron agradecidos sobre todo al Sr. Miró, nuestro cónsul en Panamá, y al Sr. Plissé, comerciante de ese puerto, por la acogida cordialmente amistosa que les dispensaron durante su permanencia en el istmo. Agustín Lozano que tiene especial gusto en regalar *álbums* á las señoritas, pensaba proporcionarse uno muy elegante en San Francisco para enviárselo á la encantadora señorita Ofelia, hija del Sr. Plissé y una de las bellas con que se enorgullece Panamá. Me hizo prometerle que escribiría algunos versos en las primeras páginas y se lo prometí con gusto. Efectivamente, lo primero que [hizo Lozano en San

Francisco fué comprar un hermoso álbum y me lo envió á Acapulco para que escribiera, como escribí, la composición que figura entre mis *Rimas* con la dedicatoria "*A Ofelia Plissé.*" Y el álbum fué enviado á la bella joven, quien lo conserva desde entonces con aprecio, según me lo ha escrito su padre recientemente. Como conservé una copia de esos versos, la envié á *La Voz de México* y al *Nuevo Mundo*, periódicos mejicanos que se publicaban por aquellos días en San Francisco, los cuales la publicaron en Julio de 1865, siendo reproducida después por varios periódicos de la América del Sur. De uno de aquellos periódicos tomé la composición para insertarla en las *Rimas* cuando las publiqué coleccionadas por la primera vez.

Después de publicada la segunda edición, supe con cierta sorpresa que en un bello volumen que había publicado en París mi amigo el ilustrado escritor chileno D. José Domingo Cortés, con el título de "*Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano,*" estaba inserta mi composición, pero atribuida á la señorita Mercedes Salazar de Cámara, y mutilada en su última parte en donde revelaba que el autor de los versos era un hombre. Evidentemente el Sr. Cortés fué engañado. Alguno quiso, por un espíritu de travesura de muy mal gusto, enviar al empeñoso compilador sud-mericano esos versos, como escritos por una poetisa mejicana, y al efecto inventó el nombre de Mercedes Salazar de Cámara. Ahora bien: la Srita. Mercedes Salazar de Cámara no existe

Yo sentí que el Sr. Cortés hubiese sido víctima de un engaño, y tanto más cuanto que no lo merece por su empeño en hacer conocer en Europa nuestra literatura, y por su ilustración y bondad que le han hecho escribirnos frecuentemente pidiéndonos informes, apuntes y composiciones para publicar su *Diccionario de contemporáneos hispano-americanos*, su *América Poética* y otros libros. El pues, ha apelado á la buena fé de nuestros escritores. No merecía ser engañado.

Cuando llegó á Méjico el tomo de las *Poetisas Americanas*, yo estaba en Jalapa, de paseo, y allá recibí la carta que publicó el en *Federalista* mi querido amigo el distinguido escritor Francisco Sosa, que hizo conocer desde luego el engaño sufrido por el Sr. Cortés.

La inserto en seguida, y siento haberme visto obligado á escribir esta nota con motivo de una composición que ciertamente no vale la pena, por ella misma, pero como comprenderán los lectores, sin una aclaración como la presente y siendo conocida la compilación del Sr. Cortés en toda la América latina era preciso dejar bien sentada la paternidad que me corresponde, aunque se trate de una hija defectuosa é insignificante.

Hé aquí la carta del Sr. Sosa:

"Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano.—Redacción del *Federalista*, Octubre 4 de 1875.—Muy querido Nacho:

"En Abril del año actual, publicó en París el Sr. José Domingo Cortés, escritor sud-americano un

libro intitulado: "Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano." Positivo deseo tenía yo de conocer esa obra, para ver, antes que cualquiera otra cosa, el nombre de nuestras poetisas, pues no sé que triste suerte cabe siempre á Méjico en las publicaciones extranjeras, que nunca se le hace cumplida justicia, único favor, si así puede llamarse, que nos atrevemos á pedir á los extraños que hablan de nosotros. Presentía yo que el Sr. Cortés, como tantos otros, habría relegado al último y más pobre lugar á las poetisas mejicanas, y tenía yo cierto temor de que el compilador sud-americano hubiese publicado su libro sin contar con datos seguros para hacer una obra buena. Aumentáronse mis temores al leer en la *Revista Universal* un artículo escrito por el Sr. Martí en el que, con ese estilo brillante que le caracteriza, indicaba el poco acierto del Sr. Cortés en la elección de las composiciones de las poetisas de Cuba. Antier hubo de llegar á mis manos el libro en cuestión. Realizáronse mis temores y deploré, una vez más, la ligereza con que proceden muchas veces las personas al formar una obra, destinada á circular profusamente y á dar idea del movimiento intelectual de los pueblos.

"No me detendré á señalar á vd. todos y cada uno de los defectos de que adolece la recopilación del Sr. Cortés, porque es otro el objeto que me impulsa á dirigir á vd. esta carta. Con pena tengo que decir á vd. sencillamente que el libro no puede ser peor. La mayor parte de los nombres que en él fi-

guran me son perfectamente conocidos, y he echado de menos las más inspiradas, las más correctas poesías debidas á la musa hispano-americana. Lástima grande que tan esmerada edición no corresponda al mérito literario de la obra!

"Méjico está representado por Dolores Guerrero, Isabel Prieto, Esther Tapia y Mercedes Salazar de Cámara, esta última totalmente desconocida entre nosotros.

"De Dolores Guerrero sólo pone el Sr. Cortés la poesía intitulada "A una estrella" que no es sin duda, la mejor, sino la menos bella, la menos importante de sus composiciones y deja en olvido sus apasionados versos eróticos, cuya inmensa ternura conquistó, para la autora, el renombre de poetisa.

"De Esther Tapia, "Dios y "El genio."

"De Isabel Prieto, "La caída de las hojas" y "Las dos primaveras."

"De Mercedes Salazar de Cámara . . .

"Aquí tengo que detenerme más porque ese nombre desconocido es el que ha motivado estas líneas.

"Es una cosa que llama verdaderamente la atención que en un libro en que se han omitido tantos nombres dignos de figurar en él, aparezca uno que tal vez sólo exista en la mente del Sr. Cortés. No creo necesario enumerar á vd. los nombres de las poetisas cuya ausencia he notado. Mejor que yo las conoce vd. y básteme decirle quiénes han merecido del Sr. Cortés la honra de formar parte de su recopilación. Pero volviendo á Mercedes Salazar de Cá-

mara, sepa vd. mi querido amigo, que al llegar á la página 305 de las "Poetisas americanas" hallé que se le atribuye á esa incógnita señora la poesía que, con el título de "A Ofelia Plissé, en su album," publicó vd. en las páginas 125 y siguientes de sus preciosas *Rimas*. Gracias á que no tengo tan mala memoria, y más aún á la circunstancia de ser esa poesía una de las que, entre las de vd. he leído siempre con sumo placer, descubrí al punto el plagio. He comparado ambas ediciones, es decir, la del tomo publicado por el Sr. Cortés en Paris, y la que escribió vd. en Acapulco en Julio de 1865, y publicó entre sus *Rimas*.

"Hay algunas ligeras variaciones en la primera, como verá vd. por la copia que le acompaño, y la presunta autora se permitió mutilar la poesía al final; pero de tan desgraciada manera, que suprimió los siete últimos versos que completan el sentido de la composición, y que encierran, en mi concepto, nada menos que el pensamiento capital, y al mismo tiempo el más hermoso de toda la poesía.

"Aunque esto de los plagios literarios ya no me sorprende, porque á cada paso descubro uno nuevo, he creído útil llamar á vd. la atención en esta vez. Se trata ahora de un libro lujosamente impreso y encuadernado, y que según todas las probabilidades, obtendrá notable circulación, y es preciso evitar que llegue un día en que, al leer entre las poesías de vd. la que hoy aparece bajo el nombre de una señora, quien no lo conozca, ponga en duda al verdadero autor.

"Estos casos de plagios literarios van repitiéndose tan á menudo, que no hace muchos días descubrí que una señorita se apropia los versos no ya de un amante, sino de varios poetas mejicanos y extranjeros. El sábado cayó en mis manos el libro del Sr. Cortés, y ayer, domingo, he leído en el *Monitor* una poesía de nuestro querido amigo Julián Montiel, publicada en 1861 en su colección, (página 53 y siguientes) poesía que, con el mayor desembarazo, se ha apropiado otra persona, permitiéndose mutilarla y estampando al pie su nombre. Creo mi querido Nacho, que para cortar ese vergonzoso vicio de plagiar las obras literarias, nohay otro remedio como desenmascarar á los culpables.

"Comprendo al que, acosado por el hambre y la miseria y exponiendo su existencia, roba una moneda que no ha podido poroporcionarse de otra manera; pero no comprendo cómo sin necesidad alguna, se exponga á la vergüenza pública más tarde ó más temprano, el que quiere aparecer poeta ó escritor cuando la naturaleza le ha negado las dotes que para serlo se requieren.

"Como he dicho á vd. ese vicio se propaga, y me atrevo, por lo mismo, á solicitar la cooperación de vd. en la tarea, ingrata, pera útil, de extirparlo

"Siento que esta carta haya ido tomando mayores proporciones de las que al principio pensé darle. Mas ya que tengo la pluma en la mano, aprovecho la oportunidad para pedir su eficaz é inteligente ayuda, en la obra que intentamos Justo Sierra y yo.

"La formación de la "Lira mejicana" no quedará en proyecto. Es una obra destinada á revelar los progresos de la literatura nacional, y es preciso llevarla á cabo con el esmero y la consagración que requiere. Excito á vd; pues como amigo y coamante de las letras mejicanas, á que nos acompañe á formar esa obra, cuyo plan he manifestado á vd. ya.

"Adiós mi buen y querido Nacho; espero que las brisas de la encantadora Jalapa habrán alejado de vd. todo pensamiento y triste le habrán devuelto aquel ardor, aquel fervoroso entusiasmo con que en no lejanos días se consagraba vd. á las labores literarias, para bien de los que gustamos aprender deleitándonos.

"Sabe vd. cuánto es el cariño y cuánta la estimación que le profesa."—*Francisco Sosa.*

